
La Guardia Nocturna

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8963

Título: La Guardia Nocturna

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 21 de julio de 2026

Fecha de modificación: 21 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Guardia Nocturna

Se me había dicho que Angelici había logrado resolver el arduo problema de la defensa nocturna del jardín, y yo me puse en campaña para averiguarlo.

Nadie ignora que mucho más que el vergel de frutales, el jardín floral constituye la nocturna pesadilla de sus dueños. Como no existen valla ni cerco capaces de contener al ratero —no siempre ratero— de rosas de calidad (souvenir de Mme. une telle), los modestos propietarios deben confiar la guardia nocturna de su jardín a los animales domésticos cuya voz de alerta pone en jaque a los ladrones.

Pero esto acarrea consigo un segundo problema: ¿cómo, en efecto, dormir en paz, cuando explota a cada instante en la sombra el ladrido de un perro? Descartado éste, puédese fijar la atención en el ganso o el teruteru, ambos excelentes centinelas, pero tan ruidosos como incapaces de imponer respeto. No queda así otra solución que buscar hasta hallarlo, un ser poderoso y mudo, un animal sombrío y disimulado, sin ruido ni voz a quien confiar con toda garantía la defensa del jardín.

Y esto fue lo que encontró Angelici tras interminable búsqueda: halló el yacaré.

No se requiere mucha imaginación para entrever en la noche un huso vivo de tres metros de largo, aplastado y moviente, negro como carbón en la penumbra de los macizos, gris pizarra a la luz de la luna, arrastrándose con lenta y dislocada ondulación por los senderos de granza.

Si no puede jurarse que tal guardián troncha en vilo las

piernas del ratero, como sería su deber, puede tenerse la certeza de que su diluviana presencia —y ¿quién sabe? alguna dentellada a ojo distraído— basta para asegurarnos dulce ensueño.

* * * * *

Yo no tengo jardín todavía. Comienzo a formarlo con las penurias inherentes a una tierra volcánica que cría con más injuria meláfidos y hierro que azucenas. El hallazgo del yacaré, sin embargo, con el fin primero excitó mi viejo deseo de poseer uno al cual poder confiar la defensa de mi futuro rosal. De éste, por el momento, sólo poseo un gajito de «Estrella de Holanda» y otro de «Maréchal Niel». Pero siento ya que el yacaré me es necesario.

Tiempo atrás yo había sido propietario de un cachorro —regalo de un mensú— que nunca llegué a tener conmigo por ser imposible hallarlo en su ciénaga natal cada vez que yo iba en su procura. Teyucuaré en compañía de un chanco, hocico contra hocico sobre la misma raíz. Si Cleopatra —era su nombre— vive todavía, debe alcanzar holgadamente a un metro de largo. Y digo si vive, pues su hermano de leche y el mismo peón desaparecieron, junto con su rancho, arrastrados por una de las avalanchas de piedra y bosque que se desprendieron de los cerros a raíz de la gran lluvia de 1926.

Hace un par de años tuve informes de que un colono había hallado una nidada de huevos de yacaré en los pajonales del Yabebirí, próximos al puente nuevo, y que puestos a incubar en la ceniza del fogón, habían dado origen a tres yacarés, uno de los cuales había muerto al nacer.

Fui enseguida a cerciorarme de la hazaña, pues no es común que un indígena demuestre el menor interés por observaciones de la especie. Hállame en efecto con dos yacarés recién nacidos, flotando laciamente en el agua de una olla. No eran mayores que una lagartija. Poseían una gran cabeza, fuertemente prognata, donde lucían dos ojillos

saltones de azul muy claro que miraban con asombrada inmovilidad. Flotaban como cosa muerta, inertes, muy abiertas las flaquísimas patas. Lo único fuerte en ellos —estigma de la raza— era la cola, verticalmente aplastada y ya con dientes de serrucho.

Los llevé a casa, decidido a transformar aquellas infinitamente débiles criaturas en sombríos guardianes de mi jardín.

¿Cuándo? ¿Al cabo de diez, veinte, treinta años?

Nada sé sobre el desarrollo de los cocodrilos. Debe de ser lento, muy lento. Pero la fe realiza milagros, y yo tenía la mía puesta en mis dos gajitos de rosal, débiles en suma como sus futuros defensores.

Ahora bien: sobrepasa el quehacer de una familia ya bastante ocupada en reorganizar su casa y su vida, la tarea de cuidar, alimentar, vigilar y educar dos recién nacidos de crianza incógnita. Se les construyó jaulas, enrejados y piscinas para exponerlos al sol, preservarlos del frío —estábamos en otoño— y muy particularmente de las gallinas. Se les reservó de noche un sitio sobre la chimenea para asegurarles el goce de un agua constantemente tibia dentro de una piscina forrada con triple envoltura de arpillera. Se hizo cuanto es posible para que se alimentaran. En vano.

Nada conseguimos. Nunca se les vio comer ni hacer movimiento alguno que demostrara interés por ello. Pero tampoco dejaron nunca de abrir cuán grande era su boca para morder —y mordían— cada vez que nos acercábamos. El cambio de agua por otra más cálida les arrancaba también un ligero croar de rana, de timbre perfectamente lacustre.

Más no progresaban. Yo tenía alguna experiencia sobre la eternidad de tiempo que puede pasar una culebra sin alimentarse. Pensé que por un espacio de tiempo nuestros pupilos debían hallar en el ambiente acuático los elementos

necesarios para su nutrición, y no nos esforzamos más, cansados como estábamos de luchar.

En cuatro meses, día tras día, perdieron paulatinamente la escasa carne original, y al final del invierno tenían el mismo tamaño que al nacer, y el menor movimiento de una pata arrastraba consigo la piel en pliegues sucesivos.

No habían perdido las fuerzas, sin embargo, ni dejaban de abrir la boca ante nuestra presencia.

* * * * *

En esa época uno de ellos sufrió un lamentable accidente. El extremo de su solárium portátil fue alcanzado por la rueda de un coche, y al ceder de nuevo cayó sobre la nuca de la criatura. Lo creímos muerto por un día entero. Sobrevivió sin embargo dos meses a su lesión medular, aunque con la cabeza doblada sobre un flanco, e inmóvil como piedra. Cuando se lo tocaba, aún con el extremo de una paja, se sacudía violentamente en botes desordenados, para caer otra vez en su letargo, hecho un arco.

Nos quedó un solo pupilo. Ya muy avanzada la primavera comenzaron las lluvias, escasísimas ese invierno, y con ellas renacieron nuestras esperanzas. El manantial del fondo del antiguo bananal se transformó en laguna con las grandes aguas, y allí llevamos entre todos como en un rito sagrado, la piel y los huesos del yacarecito, que en verdad era cuanto quedaba de él.

Como he dicho, pese a la atroz dieta, sus fuerzas no parecían disminuidas. En la laguna y su plancton ardido de sol debía ofrecerle, resucitándolo, los momentos natales que no había hallado en nuestra crianza artificial. Había allí rincones de agua umbría y estancada, arena quemante en la orilla y piedras a flor de agua: musgos, algas, libélulas, infusorios y cuanto es posible desear para la convalecencia de un pobre ser.

Depositado sobre el agua, como un ataúd, allí quedó nuestro yacaré, inmóvil como siempre y con las patas laciamente abiertas, gozando, fuera de toda duda, de una sutil y somnolienta fruición que venía del fondo de la especie lacustre.

Al día siguiente fuimos otra vez todos a dar los buenos días al feliz liberado. Pero no era feliz: había muerto.

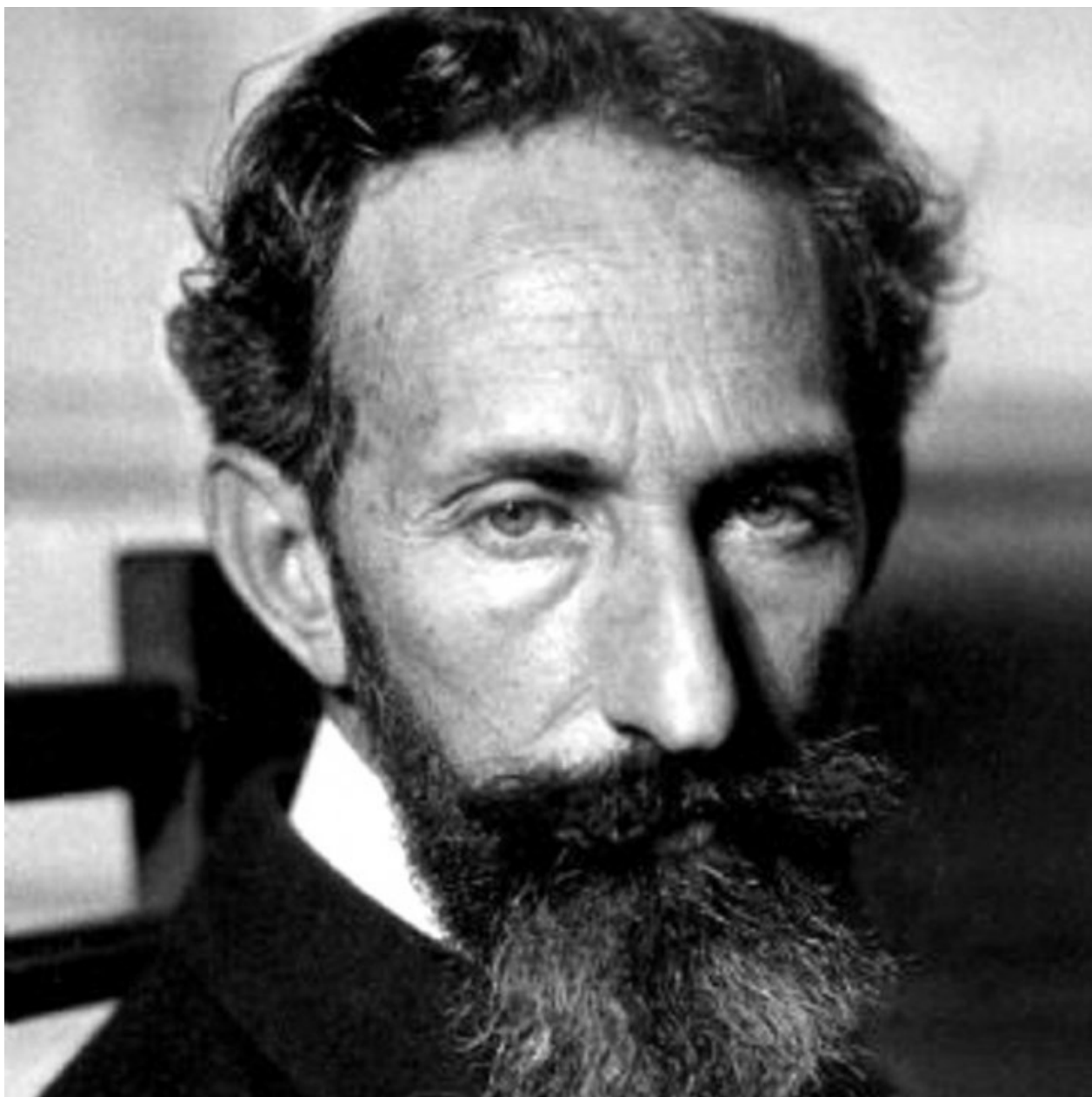
Flotaba muerto, como antes vivo, en la misma postura e igual asombro en los ojos; pero definitivamente muerto.

¿A qué atribuir este inesperado desenlace? El examen prolijo del cadáver no nos dio ninguna luz. Ni herida, ni vientre abultado. Devuelto a su hábitat nativo, sostenido, acariciado, alentado por todos los elementos protectores de su vida infantil, el yacarecito ha muerto.

Pues bien: por risueño que resulte, nuestra impresión es que ha muerto ahogado. Seis meses de hambre, de vida torturada, sin más horizonte que el vidrio de una piscina forrada de arpillera, han roto como finísimo alambre la brújula vital de sus mayores. La laguna primordial ha sido excesiva para su existir ya desviado. Bruscamente falto del ambiente pervertidor, la libertad radiante ha pesado como plomo sobre él y se ha ahogado.

Quedan en casa su piscina y los dos gajitos del rosedal. Pero no tendremos más guardianes.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)